

que ya puedo considerarme como heredero de los cincuenta mil francos que debía entregarle; pero cometí una gran simpleza al darle el cinto: á estas horas tendría las señas y el dinero. ¡Qué falta! ¡qué falta!

Y para ahogar sus remordimientos púsose á remar con una fuerza al parecer incompatible con sus débiles apariencias.

XXXVI

OJO POR OJO, Y DIENTE POR DIENTE

Para seguir al señor Jacinto en su casi milagrosa fuga hemos abandonado á nuestro antiguo conocido Courtin, tendido en el suelo, atado de piés y manos, rodeado de una oscuridad profunda, y entre los bandoleros heridos.

La fatigosa respiración de maese Jaime y los gemidos de José le causaban tanto pavor como antes sus amenazas: temiendo que uno ú otro se acordara de que él estaba allí y quisiera matarle, no se atrevía á respirar, receloso de que le oyeran.

Sin embargo, prevalecía en él otro sentimiento más poderoso que el de la conservación personal: Courtin quería hasta el último instante ocultar á los que podían ser sus verdugos el precioso cinto que continuaba apretando contra su corazón, y para ello se atrevió á lo que tal vez no hubiera hecho para salvar su vida. Dejándolo resbalar poco á poco sobre el pecho, ahogando el rumor metálico que podía producir gracias á una presión hábil y á un instinto magnético, cual si sus nervios hubieran comunicado con el oro, hizolo llegar al suelo, y arrastrándose insensiblemente consiguió cubrirlo con su cuerpo.

En seguida oyó la puerta de la torre que rechinaba al girar en sus mohosos goznes, y volviendo los ojos á aquella

parte vió una especie de fantasma vestido de negro que avanzaba pálido, con una tea en la una mano y arrastrando con la otra por la bayoneta un pesado fusil, cuya culata resonaba en las baldosas.

Al través de las sombras de la muerte que ya se extendían ante sus ojos, vió José Picaut la aparición, pues exclamó con angustiada voz:

—¡La viuda! ¡la viuda!

La viuda Picaut, pues ella misma era, avanzó despacio, y sin mirar al alcalde de la Logerie ni á maese Jaime, quien, aplicada la mano izquierda á la herida que le traspasaba verticalmente el pecho, procuraba incorporarse sobre la derecha; detúvose delante de su cuñado y miróle con expresión amenazadora.

—¡Un sacerdote! ¡un sacerdote! exclamó el moribundo espantado por aquel sombrío fantasma y sintiendo á su vista un remordimiento.—¿Para qué te serviría un sacerdote, miserable? ¿Devolvería por ventura la vida al hermano que asesinaste?—No, no asesiné á Pascual, dijo Picaut, lo juro por la eternidad á donde voy á pasar.—No le asesinaste, pero dejaste obrar á los asesinos, si no les impeliste al crimen; y no contento con eso, hiciste fuego sobre mí, en términos que á no ser por la mano de un buen hombre que desvió el tiro, en una sola noche eras dos veces fratricida. Pero has de saber que no he vengado el mal que quisiste causarme, sinó que la mano de Dios te castiga por la mía, Caín.—¡Cómo! exclamaron á la vez José Picaut y maese Jaime, ¿ese tiro?..—Yo lo he disparado; yo que estaba cierta de sorprenderte otra vez en el crimen: sí, José, sí, tú tan valiente y seguro de tu fuerza, humíllate ante el decreto de la Providencia; mueres por mano de una mujer.—¡Qué me importa la mano que me hiera! puesto que muero, de Dios viene el golpe. Suplicote pues, mujer, que me dejes aprovechar mi arrepentimiento; haz que pueda reconciliarme con el cielo que he ofendido; tráeme un sacerdote, mujer, te lo ruego.—¿Tuvo tu hermano un sacerdote en su última hora? ¿Distele tiempo para reconciliarse con Dios cuando cayó asesinado por tus cómplices en el vado del Boulogne? No: ojo por ojo, diente por diente. Muere de muerte violenta, muere sin auxilio espiritual ni temporal, como ha muerto tu cómplice; y todos los malhechores, añadió la viuda volviéndose á maese Jaime, todos los malhechores que en nombre de

cualquier bandera labran la ruína de su patria y llevan el luto al seno de las familias, bajen contigo á lo más profundo del infierno.—¡Mujer! exclamó maese Jaime incorporándose, cualquiera que sea su crimen y por más daño que os haya hecho, no es bien que le habléis de tal modo; antes perdonadle, á fin de que también os perdonen.—¿A mí? exclamó la viuda ¿quién puede acusarme?—El que habéis muerto sin quererlo, el que ha recibido la bala á él destinada, el que os habla, en fin yo, yo herido por vuestra mano.

Exhaló la viuda una exclamación de asombro y casi de espanto.

Como es de adivinar, habiendo sorprendido el proyecto de los dos cómplices, había acechado la llegada de Courtin, y viéndole entrar en la torre, fué por la galería exterior á la plataforma, de donde por la abertura del techo hizo fuego sobre su cuñado.

Ya hemos visto que á causa del movimiento hecho por maese Jaime para proteger á Courtin, aquel había recibido el tiro.

Por el pronto la viuda quedó aturrida al saber que había equivocado el blanco de su odio; mas pensando luego con qué hombres se las había, dijo:

—Aunque así fuese, aunque hubiese herido á uno por otro, ¿no os he herido cuando ibais á perpetrar un nuevo crimen? ¿No he salvado la vida á un inocente?

A esta última palabra una siniestra sonrisa crispó los descoloridos labios de maese Jaime, cuya mano buscó en el cinto la otra pistola.

—Tenéis razón, dijo, ahí hay un inocente en quien ya no pensaba. ¡Pues bien! puesto que me lo recordáis, voy á expedirle el diploma de mártir; no quiero morir sin acabar mi obra.—No mancharéis de sangre vuestra última hora, como habéis manchado toda vuestra vida, maese Jaime, exclamó la viuda Picaut poniéndose entre Courtin y el chuán; yo sabré impedirlo.

Y caló á maese Jaime la bayoneta.

—¡En buen hora! dijo el amo de los conejos como resignándose. Si Dios me concede tiempo y fuerzas, pronto os diré quiénes son los dos bribones que tomáis por inocentes. Por ahora dejo la vida á este; pero en cambio perdonad á vuestro pobre hermano y mereceréis el perdón que há un momento os he otorgado. ¿No oís su estertor? Dentro de diez

minutos tal vez sea tarde.—¡Nunca! ¡nunca! respondió sordamente la viuda. Nó á mí, sino á Dios hay que implorar perdón.—Nó, dijo el moribundo con débil voz y moviendo la cabeza; no me atrevo á rogar á Dios mientras sobre mí pese vuestra maldición.—Pues ruega á tu hermano y pídele perdón.—¡Mi hermano! murmuró José cerrando los ojos cual si entreviera la terrible sombra, ¡mi hermano! ¡voy á verle, voy á encontrarme cara á cara con él!

Y trataba de rechazar con la mano el sangriento fantasma que al parecer le atraía. En seguida, con voz apenas inteligible, dijo:

—¡Hermano! ¡hermano! ¿por qué apartas la cabeza cuando te imploro? En nombre de nuestra madre, Pascual, déjame abrazar tus rodillas; acuérdate de las lágrimas que juntos vertimos en la niñez, por los primeros azules combatida; perdóname por haber seguido la terrible senda á que nos arrastró nuestro padre. ¡Ay de mí! yo no sabía que un día nos encontraríamos en ella como enemigos. ¡Dios santo! no respondes, Pascual, y continúas desviando la cabeza! ¡Oh hijo mío! ¡oh Luisito! prosiguió el chuán, ruégale por mí, ruégale por tu padre. El te amaba como á hijo propio: suplícale en nombre de tu padre moribundo que permita llegar hasta el trono de Dios á un pecador arrepenido. ¡Oh hermano, hermano! murmuró con una expresión de gozo que rayaba en éxtasis; te enterneces, perdonas y tiendes la mano al niño. ¡Señor! ¡Señor! ahora suba á tí mi alma, que ya mi hermano me ha perdonado.

Y cayó inerte al suelo, del cual se había levantado con un supremo esfuerzo para tender los brazos á la visión.

En el ínterin habíanse calmado poco á poco el odio y la sed de venganza que respiraba la fisonomía de la viuda; cuando José habló del niño á quien el infeliz Pascual amaba como á un hijo, asomáronse las lágrimas á los ojos; y cuando al resplandor de la tea vió que el rostro del moribundo se iluminaba con cierta auréola divina, cayó de rodillas, y asiendo la mano del herido, díjole:

—Te creo, te creo, José: Dios abre los ojos del moribundo y entrecabre ante ellos las celestes alturas. Como Pascual te ha perdonado, yo te perdono; y como él ha olvidado, yo olvido. Sí, olvídolo todo, para sólo acordarme de que eras hermano suyo. Hermano de Pascual, muere en paz.—Gracias, gracias, balbució José, cuya voz se enronquecía más y más

y cuyos labios comenzaban á teñirse de rojiza espuma; gracias. Pero ¿y mi esposa? ¿y mis hijos?...—Tu esposa es mi hermana, y tus hijos son mis hijos, dijo solemnemente la viuda. Muere en paz, José.

Llevóse el chuán la mano á la frente como para santi- guarse: sus labios aun murmuraban algunas palabras que nadie comprendía, y abriendo desmesuradamente los ojos, exhaló un hondo suspiro.

Era el postrero.

—Amén, dijo maese Jaime.

La viuda permaneció un rato arrodillada y orando junto al cadáver, no sin extrañar que sus ojos tuviesen lágrimas para quien le había hecho derramar tantas.

Hubo una larga pausa, y mal hallado sin duda maese Jaime con aquel silencio, rompiólo exclamando:

—¡Vive Dios! Nadie diría que aquí hay todavía un cristiano vivo; y digo uno, porque no llamo cristianos á los Judas.

Estremecióse la viuda, pues al lado del muerto se había olvidado del moribundo.

—Me voy á casa y os enviaré socorro, le dijo. —¡Socorro! ¡para qué lo quiero! Me curarían para llevarme á la guillotina y... gracias, buena Picaut, prefiero la muerte del soldado: la tengo, y no-la suelto.—¿Quién os dice que yo piense entregaros?—¿No sois azul y mujer de azul? ¡Cáspital ila captura de maese Jaime vale la pena de constar en vuestra hoja de servicios, viuda!—Mi marido era patriota, y heredé sus opiniones, no lo niego; pero ante todo me repugnan los traidores y la traición, y por todo el oro del mundo no entregaría á nadie, ni á vos siquiera.—Os repugna la traición, ¿oyes tú, bellaco? ¡Pues bien! á mí me sucede lo mismo.—Vamos, Jaime, dejad que llame.—No, respondió éste, tengo lo que me basta, lo siento y lo sé; he causado tantas heridas como esta, que lo entiendo: dentro de dos ó tres horas á lo más habré pasado al grande erial, al último, al bueno y magnífico, al erial de Dios. Pero escuchad: este que aquí veis, continuó empujándole con el pié, este infame por un puñado de oro ha vendido una cabeza que para todos debía ser sagrada, no sólo por ser una de las destinadas á ceñir corona, sino porque su corazón es noble y magnánimo.—Esa cabeza se refugió en mi casa, dijo la viuda conociendo á Petit-Pierre en el retrato que Jaime acababa de

trazar.—Sí, vos la salvasteis una vez, y eso os engrandece á mis ojos, buena Picaut, inspirándome la idea de rogaros una cosa.—¿Cuál? hablad.—Acercáos y prestad oído: vos sola debéis oír lo que á decir voy.

Pasó la viuda al lado opuesto á Courtin é inclinóse hacia el herido, quien la dijo en voz baja:

—Avisad al hombre que tenéis en vuestra casa.—¿A quién? preguntó la viuda atónita.—Al que ocultáis en vuestro estable, al que cada noche asistís y consoláis.—¿Cómo lo habéis sabido?—¡Toma! ¿por ventura creéis que se le oculta algo á maese Jaime? Digo la verdad, buena Picaut, y maese Jaime el chuán, maese Jaime el bandido os dice que á pesar del modo con que tratáis á vuestros parientes, se envanciera de serlo.—Ved que está convaleciente, y apenas puede tenerse en pié.—Es hombre, y no hay cuidado, ya tendrá fuerzas; es hombre, repito, y habrá pocos ó ninguno que se le parezcan, dijo el vendeano con fiero orgullo. Seguro estoy de que sabía el infame proyecto de esos dos pícaros, y creyendo vivir, proponíase hacer con ellos un escarmiento; mas el hombre propone y Dios dispone: los cuartos le tentaron. A propósito, Mariana, en alguna parte los hallaréis.—¿En qué los emplearemos?—Dad la mitad á los huérfanos de los blancos y los azules que han muerto en la guerra: esa es mi parte, la que me corresponde; la otra es de José, y podéis entregarla á sus hijos.

Exhaló Courtin un suspiro de angustia, pues oyó las anteriores palabras.

—No, dijo la viuda, nó, es el oro de Judas y les sería fatal; gracias, no quiero ese dinero para los niños, por más inocentes que sean.—Tenéis razón, dadlo todo á los pobres; las manos que reciben la limosna lo purifican todo, incluso el crimen.—¿Y él? preguntó la viuda señalando á Courtin con el dedo sin mirarle.—¿Él? está bien atado ¿no es cierto?—Así parece.—Pues el otro decidirá de su suerte.—Corriente.—A propósito, tomad, Mariana, regaladle este tabaco que ya no he menester. Creo que lo recibirá con mucho gusto. ¡Vaya! continuó el jefe de los conejos, no parece sino que voy á morir de mala gana... ¡Oh! diera mis veinte y cinco mil francos de ganga para asistir á su entrevista. ¡Será chusca! Pero lo mismo da un millón que cuatro cuartos cuando uno se muere.—No os quedaréis aquí, dijo la viuda; os trasladaremos á un cuarto del castillo, y allí á lo menos

podréis recibir á un sacerdote.—Como queráis, viuda; mas antes hacedme el favor de mirar si el perillán está bien atado, pues os aseguro que moriría muy descontento á la sola idea de que pudiera escaparse del zafarrancho que habrá luego.

Mariana inclinó la tea hacia Courtin: estaba éste tan estrechamente atado que tenía las carnes hinchadas y amoratadas, y en su rostro, más lívido que el de maese Jaime, se retrataba la angustia que sufría.

—No puede moverse, dijo la viuda, además le encerraré bajo llave.—¡Gracias! ¡Oh! las gracias que os doy no son tan expresivas como las que va á daros el otro, ya veréis.—Bueno: dejad que os traslade al castillo, donde recibiréis los auxilios que vuestro estado reclama. No hay cuidado: tanto el confesor como el médico no dirán una palabra.—Que me place. No dejará de ser chistoso que maese Jaime muera en una cama, siendo así que toda su vida ha dormido sobre la yerba ó entre la maleza.

Tomó la viuda en brazos al vendeano, y llevándolo al cuarto de que hemos hablado, acostóle en una cama.

A pesar de los dolores que debía experimentar y de la gravedad de su situación, maese Jaime permanecía alegre y burlón al aproximarse la muerte: muy diferente del carácter de sus compatriotas, el de aquel hombre no se desmentía un solo instante.

Sin embargo, en medio de los sarcasmos que dirigía tanto á lo que había defendido como á lo que había atacado, no cesó de suplicar á la viuda Picaut que cuanto antes llevara á Juan Oullier el recado.

Instada pues por él, así que Mariana hubo encerrado á Courtin en la antigua frutería, atravesó el huerto y entró en la posada, donde encontró á su anciana madre llena de susto por los tiros que había oído, y temerosa de que su hija hubiese sido víctima de alguna asechanza de su cuñado.

Nada la dijo la viuda de lo ocurrido, y rogándola que no dejara penetrar á nadie en las ruinas, disponíase á salir cuando llamaron suavemente á la puerta.

—Madre, dijo entonces, si algún forastero pide posada para esta noche, decid que no tenemos ningún aposento. Nadie debe entrar aquí esta noche: el brazo de Dios está sobre la casa.

Llamaron otra vez.

—¿Quién va? preguntó la viuda abriendo la puerta y cerrando el paso con su cuerpo.

Apareció Berta en el dintel y dijo:

—Señora, esta mañana me habéis dicho que tenéis que comunicarme un asunto importante.—Tenéis razón, dijo la viuda; lo había olvidado.—¡Cielos! exclamó la doncella al ver grandes manchas de sangre en el vestido de Mariana, ¿ha sucedido acaso alguna desgracia á Mary, á mi padre ó á Michel?

Y á pesar de la fortaleza de ánimo de la joven, trastornóla tanto esta última idea que hubo de apoyarse en la pared para no caer.

—Tranquilizáos, respondió la viuda, no quería participaros una desgracia; al contrario, quería deciros que un amigo vuestro á quien creíais muerto vive y desea veros.—¡Juan Oullier! exclamó Berta adivinando al punto de quién se trataba; de él queréis hablar, ¿no es cierto? ¡Vive! ¡oh! ¡bendito sea el cielo! ¡Cuánto se alegrará mi padre! Llevadme al momento á su lado, señora, os lo suplico.—Tal era mi intento esta mañana; pero desde entonces han pasado muchas cosas, y tenéis que cumplir un deber más urgente.—¿Cuál? preguntó Berta admirada.—El de ir á Nantes sin demora, pues dudo de que, hallándose tan postrado, el pobre Juan pueda hacer lo que esperaba maese Jaime.—¿Para qué he de ir á Nantes?—Para decir á la que llamáis Petit-Pierre que han vendido y comprado el secreto de su refugio. ¡Ojalá lleguéis á tiempo para prevenirla que busque otro asilo!—¿Quién ha sido el traidor? preguntó Berta.—El alcalde de la Logerie.—¡Courtin! ¿le habéis visto?—Sí, respondió lacónicamente la viuda.—¡Oh! exclamó Berta juntando las manos, ¿no podría verle!—¡Joven, joven! exclamó la viuda sin responder á la pregunta; los partidarios de aquella mujer me dejaron viuda, y os digo que os apresuréis: ¡vacilaríais en partir, vos que os alabáis de servir su causa?—Tenéis razón: no vacilo, parto.

Y en efecto, la doncella hizo ademán de salir.

—No vayáis á pié, que no llegaríais á tiempo: id al establo y decid al mozo que os ensille el caballo que queráis.—Lo ensillaré yo misma. ¿Y qué podrá hacer por vos, pobre viuda, la que por segunda vez habéis salvado?—Decidle que se acuerde de lo que le dije en mi cabaña, junto al lecho donde yacían dos hombres que por ella murieron; decidle que es

un crimen traer el desorden y la guerra á un país donde sus mismos enemigos la defienden de los traidores. ¡Id, señorita, id con Dios!

Y así diciendo, salió la viuda de la casa, dirigióse á la del cura de San Filiberto, suplicándole que pasara al castillo, y en seguida encaminóse apresuradamente al cortijo.

XXXVII

LAS LOBAS

Extremada fué la inquietud de Berta durante veinte y cuatro horas: las sospechas que José Picaut había despertado con sus revelaciones recaían no sólo sobre Courtin sino también sobre Michel.

El recuerdo de la velada anterior al día de la acción del Chene y de la aparición de un hombre en la ventana del cuarto de Mary, nunca se había borrado de su memoria, causándola de vez en cuando tormentos que la pasiva actitud de Michel ante ella mientras su convalecencia difícilmente lograba calmar; mas cuando Berta supo que Courtin, de quien estaba ajena de suponer que hubiese obrado sin orden de nadie, había hecho partir el buque; cuando al volver desalada y jadeante de amor á la Legerie no halló al que buscaba, aviváronse más y más sus celosas sospechas.

Todo empero cedió ante el deber que acababa de imponerle la viuda, todo, incluso las consideraciones de su amor; así es que al momento corrió al establo, eligió el caballo que le pareció más veloz, dióle doble pienso, ensillólo, y con la brida en la mano aguardó que el animal acabara de comer.

Entonces llegó á sus oídos un rumor muy conocido en aquellos tiempos de disturbios: era el acompasado paso de una partida de tropa.

Al momento llamaron fuertemente á la puerta del mesón, y por una puerta vidriera que comunicaba del establo á un horno, por el cual se entraba en la cocina, vió soldados, á cuyas primeras palabras comprendió que pedían un guía.

Como nada era indiferente para Berta, que temía á un tiempo por su padre, Michel y Petit-Pierre, no quiso marchar sin saber lo que aquellos hombres querían, y segura de no ser conocida bajo el traje de aldeana que llevaba, pasando del establo al horno, penetró en la cocina.

—¿No hay ningún hombre en la casa? preguntó á la anciana el teniente que mandaba la partida.—Nó, señor, respondió la vieja; mi hija es viuda, y el único mozo que tenemos se ha ido no sé dónde.—Precisamente hubiera aquí nos serviría de guía como en la famosa noche de la cuesta de Baugé; y si ella misma no pudiera, nos elegiría uno del cual podríamos fiarnos, mientras que con esos tuñantes campesinos, todos medio chuanes, es difícil viajar con seguridad.—Si la viuda Picaut está ausente, tal vez hay medio de remplazarla, dijo Berta avanzando con resolución. ¿Vais lejos, señores?—¡Pardiez! exclamó el teniente acercándose, ¡guapa moza por vida mía! Guiadme á donde queráis, salero, y os seguiré con mucho gusto.

Bajó Berta los ojos torciendo la punta de su delantal, como lo hubiera hecho una sencilla aldeana.

—Si no vais muy lejos, señor, y el ama lo permite, puedo acompañaros, pues conozco muy bien las cercanías.—Aceptado, dijo el teniente.—Pero con la condición de que no he de volver sola, prosiguió Berta, pues tendría miedo.—Vendré con vos, reina mía, dijo el oficial, aunque esa condescendencia haya de costarme la charretera. Vamos á ver: ¿sabéis dónde está la Boulevre?

Al oír el nombre del cortijo perteneciente al barón, en el cual había ella permanecido algunos días con el marqués y Petit-Pierre, estremeciése Berta de piés á cabeza, un sudor frío le bañó la frente, y su corazón palpitó con violencia.

—¿La Boulevre, repitió dominando su emoción. ¿Es lugar ó quinta?—Nó, es una granja.—¿Y á quién pertenece?—A un caballero de vuestras cercanías.—¿Queréis alojaros en la Boulevre?—Nó, vamos á una expedición.—